# EL PIROPO EN EL TEATRO

**Alvarez Quintero.--Perrín y Palacios.--Celso Lucio.--Asensio Más.-Arniches.—García Alvarez.—Muñoz Seca.—Antonio Paso.—Torres del Alamo y Asenjo. — Abati. — Paradas y Jiménez, etcétera, etc.**

## Prologuillo.

¿Qué español no ha echado nunca un piropo a una mujer bonita? ¿Qué española no ha sentido jamás en sus oídos la caricia ligera de un piropo?

Tiene el piropo su origen en la galantería universal, pero es genuinamente español. En todos los paises, el hombre pondera la belleza de la mujer con frases amables, de admiración y de cortesanía, sinceras unas veces, fingidas otras y siempre más retóricas que espontáneas. El piropo no es eso. El piropo constituye una expresión repentina de la emoción que produce en el alma de un hombre la presencia de una mujer hermosa. La galantería tiene su asiento en los salones aristocráticos. El piropo vive en el arroyo, con las clases humildes. La galantería está constituída por ese discreteo, un poco artificial, con que las personas de buen tono ponen a contribución sus refinamientos sociales. El piropo es, no un tiroteo de amabilidades mutuas, sino una frase volandera que lanza un hombre al paso de una mujer, sin buscar la contestación de ésta, sin esperar siquiera que se la agradezca...

De las galanterías de nuestros autores clásicos al piropo de nuestros autores modernos va una enorme diferencia. Caracteriza a aquellas la conceptuosidad florida y dilatada, y a éste la claridad breve y terminante. De manera que la galantería, al sintetizarse, formó el piropo, que es la concreción de todo un período de tonterías, reverencias y admiraciones; en una sola frase, que viene a ser como la pincelada luminosa con que se describe a una mujer bonita y que, por lo acertada, equivale a un cuadro.

En el teatro español han abundado siempre los piropos y muchísimos son los autores a los que debe considerarse como maestros en el difícil arte de requebrar a la mujer. Pero nadie tan acertado, tan justo de expresión, tan fino y sutil de pensamiento y tan delicado de forma literaria, como los hermanos Serafín y Joaquín Alvarez Quintero, verdaderos representantes de la galantería popular moderna, que ellos han seleccionado acertadísimamente llevando a la escena cuantos piropos dignos de ese honor han oído en su hermosa tierra sevillana.

Como maestros consumados de ese arte a ellos nos hemos dirigido requiriéndoles para que nos expusieran su opinión acerca del piropo, y ellos, con su amabilidad característica, nos han contestado facilitándonos el nombre de un sevillano popular, don Manuel Díaz Martín, que ha sido quien guió los primeros pasos de los ilustres dramaturgos en este terreno.

El señor Díaz Martín, «colector infatigable e ingenioso comentador de los piropos andaluces», como le llaman los hermanos Quintero en la dedicatoria de su

saladísimo entremés «Los piropos», ha pasado gran parte de su ya dilatada vida, reuniendo cuantas «flores» oía echar por las luminosas calles de la ciudad macarena, al paso de las mujeres bonitas. Algunas de esas «flores» se las regaló a los ingeniosos actores y éstos las transplantaron en su teatro, no con la pretensión de darlas como suyas, sino con el legítimo fin de copiar todo lo más fielmente posible la realidad de la vida.

Para los hermanos Quintero el piropo ha sufrido, a través de la literatura dramática, una verdadera revolución, pudiendo decirse que hoy ha alcanzado un perfeccionamiento que nunca hubieran podido sospechar nuestros clásicos. Con su modestia peculiar, nos han hablado de escritores que hacen piropos lindísimos. De la bondad de los suyos, nunca habían sospechado. Cuando nosotros les dijimos la cifra enorme a que alcanzaron los encontrados en su obra teatral, se quedaron asombrados.

Creemos un deber, por parte nuestra, consignar aquí estas ligeras impresiones y hacer constar, al mismo tiempo, nuestra gratitud a los insignes comediógrafos andaluces por cuanto han hecho para facilitarnos la árdua tarea de escribir este número de «Los piropos».

## El piropo clásico.

El piropo de nuestros autores dramáticos del siglo de oro, era, como casi todos los pensamientos que aparecen en las obras de éstos, conceptuoso y oscuro. La naturaleza y la mitología son, por lo regular, los únicos términos de comparación.

En el siglo XVIII y a pesar de la galantería que en todas las concepciones dramáticas—incluso en los mismos sainetes de Cruz—se advierte, el piropo busca generalmente los mismos contrastes, notándose en él alguna más gracia cuando sale de los labios del pueblo, y alguna más finura cuando viene dicho por los petrimetres, abates y señores de casaquín y medias a la virulé.

Véanse algunos ejemplos:

### Cervantes.

Quedad en paz, lumbre de estos ojos, los cuales no verán cosas que les den placer, hasta volveros a ver.

(*La cueva de Salamanca.*)

En el izquierdo tienes un luna del grandor de medio real, con tres cabellos como tres mil hebras de oro.

(*Idem.*)

¡Oh, estrella de mi perdición, antes que norte de mi esperanza!

(*La guarda cuidadosa.*)

### Lope de Vega.

«Esa divina hermosura
vió en un balcón, competencia
de los palacios del alba,
cuando en rosas y azucenas
medio dormidas las aves
la madrugan y recuerdan,
y del desvelo llorosa
vierte racimos de perlas.»

(*La Estrella de Sevilla.*)

Sosegaos, y enjugad las luces bellas,
si no queréis que se arda mi palacio;
que lágrimas del sol son las estrellas,
si cada rayo suyo es un topacio.
Recoja el alba su tesoro en ellas,
si el sol recién nacido le da espacio,
y dejad que los cielos las codicien,
que no es razón que aquí se desperdicien.

(*Idem.*)

Mira aquellos ojos bellos
donde amor de amor suspira.

(*La discreta enamorada.*)

### Alarcón.

Corred los delgados velos
a ese asombro de los cielos,
a ese cielo de los hombres.

(*La verdad sospechosa.*)

¿Posible es que os vuelva a ver,
homicida de mi vida?

(*Idem.*)

Los arroyos que esperan ser espejos
en quien de esos dos soles celestiales
se miren los reflejos,
transforman sus corrientes en cristales,
y el agua, en cambio de besallos, grata
hace a tus blancos pies puente de plata.

(*Las paredes oyen.*)

## Tirso de Molina.

Merecí, Laura hermosa,
veros para perderme:
que mata el áspid cuando en flores
(duerme.

(*La huerta de Juan Fernández.*)

i la mañana,
cuando entre labios de grisa
el sol la provoca a risa,
admite comparación
con aquellos dos corales
que de perlas orientales
guardajoyas ricos son.

(*La villana de Vallecas.*)

Cesen tus congojas,
que ya me voy. Goce el sueño
la gloria que en tí le empeño.

(*Amar por razón de estado.*)

## Rojas.

¡Oh, Blanca hermosa, de dónde
proceden cuantos jazmines
dan fragancia a los jardines!

(*García del Castañar.*)

Blanca hermosa, blanca rama
llena por mayo de flor,
que es con tu bello color
etíope Guadarrama;
Blanca, con quien es la llama
del rojo Planeta oscura,
y herido de su luz pura
el terso cristal pizarra;
que eres la acción más bizarra
del poder de la hermosura...

(*Idem.*)

...Y pues sois rayo, alumbrad
entre sombras y reflejos;
pues sois cielo y sol, usad
de vuestros claros efectos.

(*Don Lucas del Cigarral.*)

## Calderón de la Barca

Ya la tormenta pasó.
Otra vez, señora, vuelva
a restituir las flores
que agora marchita y seca,
de vuestra hermosura el hielo
de un desmayo.

(*La dama duende.*)

Que si estoy vivo y te miro,
ya mayor dicha no espero;
ni mayor dicha tampoco,
si te miro estando muerto;
pues es fuerza que sea gloria
donde vive ángel tan bello.

(*El médico de su locura.*)

—¿Quién es ésta diosa humana
a cuyos divinos pies
postra el cielo su arrebol?
¿Quién es esta mujer bella?
—Es, señor, tu prima Estrella.
—Mejor dijeras el sol.

(*La vida es sueño.*)

## Moratín.

No así, hermosa Mariquita, desperdicie usted el tesoro de perlas que una y otra luz derrama.

(*La comedia nueva.*)

Tiene un donaire natural que arrebata.

(*El sí de las niñas.*)

Entrate, que al instante vuelvo, palomita, vida mía, ojillos negros... ¡Ay, qué ojos!

(*La escuela de los maridos.*)

## Don Ramón de la Cruz.

Lo que es menester que pases
esta tarde por el cuerpo
de guardia, para que alumbre
tu vista aquel hemisferio,
y des consuelo a este triste,
que el día que no te veo
me desgalicho.

(*El Rastro por la mañana.*)

Queda adiós, moza imperial,
que real moza es ya ordinario.
(*Las calceteras.*)

- ¿Quiere usté dejarme en paz?

—Eso vengo yo buscando;
la paz que esos enemigos
del alma me arrebataron.
*(El hijito del vecino.)*

## ¡El piropo romántico.

Sin abandonar por completo el hiperbólico naturalismo que suelen usar los clásicos, si bien atenuando mucho los símiles mitológicos, el piropo se hace más lírico, más dulce, más delicado y poético en boca de nuestros románticos del siglo XIX, todos los cuales lo emplean con suma prodigalidad hasta el extremo de hacer de él uno de los elementos más importantes de sus escenas de amor, en las que el piropo figura como síntesis de la caballerosidad, de igual modo que las empresas guerreras simbolizan el valor, condiciones esenciales para que un hombre de las épocas remotas e hidalgas pueda acercarse al corazón de una mujer y conquistarlo sin gran esfuerzo.

Véanse algunos ejemplos de piropos románticos:

### Duque de Rivas.

Mi bien, mi Dios, mi todo,
¿qué te agita y te turba de tal modo?
¿Te turba el corazón ver que tu amante
se encuentra en este instante
más ufano que el sol?... ¡Prenda ado-
(rada!
(*Don Alvaro a La fuerza del sino.*)

¿Qué, encanto mío?...
¿Por qué tiempo perder?... La jaca
(torda,
que, cual dices tú, los campos borda,
que tanto te agrada
por su obediencia y brío,
para tí está, mi dueño, enjaezada,
para Curra el overo,
para mí el alazán gallardo y fiero...
(*Idem.*)

### Zorrilla.

Luz de donde el sol la toma,
hermosísima paloma
privada de libertad...
(*Don Juan Tenorio.*)

Inés, alma de mi alma,
perpetuo imán de mi vida,
perla sin concha escondida
entre las algas del mar;
garza que nunca del nido
tender osastes el vuelo
al diáfano azul del cielo
para aprender a cruzar...
(*Idem.*)

¡Oh! Sí, bellísima Inés,
espejo y luz de mis ojos;
escucharme sin enojos,
como lo haces, amor es;
mira aquí a tus plantas, pues,
todo el altivo rigor
de este corazón traidor
que rendirse no creía,
adorando, vida mía,
la esclavitud de mi amor
(*Idem.*)

Mi Aurora,
único sol que en mi sombría frente
disipa con la luz de una sonrisa
las nubes del pesar que la ennegrecen.
(*Traidor; inconfeso y mártir.*)

### Hartzenbusch.

¡Oh, qué hermosa a mis ojos te pre-
(sentas!
Nunca te ví tan bella, tan galana...
(*Los amantes de Teruel.*)

Francelisa, cuyos ojos
mi culpa y disculpa son,
dulcísimo laberinto
de mil almas perdedor;
si no olvida quien bien ama,
no esperes que olvide yo;
que no escarmientan desdenes
al que adora tu rigor.
Causa de mi mal, hermosa,
que con negros rayos sol,
haces a las hebras de oro
vencedora emulación.
(*Vida por honra.*)

¡Vive Dios, Jimena mía,
que estás arrogante moza!
(*La jura de Santa Gadea.*)

## García Gutierrez.

Si fuera verdad, mi vida,
y mil vidas que tuviera,
ángel hermoso, te diera.

(*El Trovador.*)

Pensaré que valgo mucho
sólo por que tú me quieres.
¡Bien mío!

(*Juan Lorenzo.*)

## Rodriguez Rubí.

También yo, que siempre lejos
de vuestra ciudad viví,
yo que nunca recibí
de vuestro sol los reflejos...
cuando hoy atento os miraba,
me pareció que no era,
señora, la vez primera
que vuestro sol saludaba.

(*Isabel la Católica.*)

## Gertrudis Gomez de Avellaneda.

¿Lloráis?... Mirad que ese lloro
todo mi ser ha agitado.
pues advierto derramado
en cada perla un tesoro.

(*Flavio Recaredo.*)

## Miguel Agustín Príncipe

Y es sencillo
que el veros me desaliente:
¿quién mira al sol frente a frente
sin deslumbrarse en su brillo?

(*La Baltasara.*)

## Gil de Zárate.

—Bello es el blanco jazmín
que los aires embalsama,
bello el pintado clavel,
y mucho más bello que él
la rosa en su verde cama.
Yo al verlas embebecido
a gozarlas me quedé;
mas nueva flor encontré
y a todas por ella olvido.
—¿Tan preciosa es esa flor?
—Pintarla es díficil cosa;
que por demás es hermosa.
—Mas verla justo será.
—Si en aquella fuente os veis,
en su cristal la hallaréis.

(*Don Alvaro de Luna.*)

## Echegaray.

Mucho antes de amanecer,
en una abierta ventana
vi yo toda una mañana,
¡todo un sol! aparecer.
Y como aun su luz sentía
al galopar por la vega,
a la alborada que llega
así orgulloso decía:
«¡No he menester tu arrebol,
ni tus celajes de oriente,
que traigo sobre mi frente
los reflejos de otro sol!
¡Da luz al celeste velo,
pues necesita de tí,
que amaneció para mí
mucho antes que para el cielo!

(*En el puño de la espada.*)

—Es de tu cuerpo adorado
la sombra que sobre el muro
esas llamas arrojaron.
—¡Y qué negra me parece!
—¡Y a mí tu cuerpo qué blanco!
¡Mal haya fuego que trueca
en negrura el alabastro!

(*En el seno de la muerte.*)

No teniéndote a mi lado,
todo es lejos en el mundo.

(*La peste de Otranto.*)

## El piropo cómico.

Cuando, en la primera mitad del siglo XIX, se implanta en el teatro español la verdadera comedia de costumbres, el piropo, hasta entonces difuso, simbólico, naturalista y mitológico, se humaniza y reduce de dimensiones, concretándose en una forma mucho más acorde con el fin a que obedece y más adecuada a las personas en cuyos labios es puesto.

Además, el piropo abandona sus reales aristocráticos para descender al pueblo, donde encuentra una acogida fervorosa, haciéndose, no villano, pero sí popular, convirtiéndose en una característica de la raza.

Todos los autores, sin excepción alguna, lo cultivan, y algunos con verdadera fortuna, aunque no con tanta como los modernos.

Sirvan de ejemplo los siguientes:

## Bretón de los Herreros.

Y ese color... ¡cosa rara!
Y el cutis... No hay más que ver.
Hoy has estrenado cara.

(*Marcela.*)

Esos ojos, esa boca
son obra del mismo amor.

. . . . . . . . . . . . . . . . . .

Y luego habrá quien alabe
las bellezas de Moscou,
de París, de Filadelfia,
de Edimburgo, del Japón...

(*Idem.*)

## Luis Rivera.

Sois, Beatriz, encantadora,
el ángel de mi esperanza,
el imán de mi albedrío.
Ved si este amor, dueño mío,
alguna disculpa alcanza.

(*Tras él a Flandes.*)

## Ventura de la Vega.

No puede menos,
Benita, sino que usted
nunca se mira al espejo,
porque si usted se mirase
esa cara...

(*El hombre de mundo.*)

## Narciso Serra.

Muchacha,
en cumpliendo con la reina,
cumplo contigo; descansa,
que en saliendo del «enganche»,
del servicio, nos engancha
el cura por el cogote
con aquella cinta blanca...

(*¡Don Tomás!*)

## Ricardo de la Vega.

No; lo que es lumbre
no le falta a usté... ¡Canario!
Porque tiene usted un par
de ojos, que despiden rayos.

(*Los baños del Manzanares.*)

Es usted la primer viuda de la península e islas adyacentes.

(*Pepa la frescachona.*)

—Yo le hago a usted unos zapatos de charol hasta allí.
—Se agradece.
—¡Y a su marido de usted unas botas de piel de cabra, que ya ya!

(*El señor Luis el Tumbón.*)

¡Eso va bueno! ¡Eso va bueno! ¡Anda con ella, que se derrite en tus brazos! ¡Ahí le tienes, muchacha, ahí le tienes, que ya no es hombre ni ná! ¡Bien por la gracia y los movimientos!

(*La verbena de la Paloma.*)

## Vital Aza.

¡Ay, qué mano! Como la leche. Manteca pura.

(*La praviana.*)

¡Vaya unos ojos que me gastan ustedes en Ponferrada!

(*Ciencias exactas.*)

Señora, tiene usted una hija que canta como los ángeles.

(*Francfort.*)

## Ramos Carrión.

Sobre el hirviente Oceano,
en dura tabla tendido
y por sus olas mecido
en las noches de verano,
contemplando las estrellas
el sueño al fin me rendía
y a veces... me parecía
que te divisaba entre ellas.

(*La tempestad.*)

¡Con qué gracia hila! ¡Con qué primor lo hace todo!... Quisiera ser copo de nieve para que me fuera adelgazando entre sus deditos de nieve. ¡Borrega mía!

*(La Bruja.)*

## Vital Aza y Ramos Carrión.

¡Oye, salero!... ¿Quiere usted que nos comamos entre los dos todas las aceitunas de todos los olivares de toda la Andalucía?

*(Periquito.)*

—¡Migas con torreznos! ¡Deben de ser muy sabrosas!
—¿Pues qué, siendo pastor no las has comido nunca?
—¡Sí!... ¡Sí!... Muchas veces; pero es que ahora voy a comerlas con torreznos... y contigo.

*(El rey que rabió.)*

¡Qué mano tan suave! Tu cutis es de seda de la China. ¡Ay, qué cutis!

*(Los lobos marinos.)*

## Miguel Echegaray.

¡Qué linda!
¡Y qué bien lleva la falda!
El pie, ¡qué chiquirritín!
aprisionado en la galga!
¡Y qué gracia en el peinado!
Y en los ojillos, ¡qué gracia!
¡Y qué bien van esas flores
con las rosas de la cara!

*(La viejecita.)*

¡Allí está, allí! ¡Con un cuerpo
más chiquito, y con un alma
más grande!... No la hay más buena,
ni tampoco más simpática.
¡Dios mío, que un veterano
de dos o tres mil campañas,
esté aquí como un cadete
por esa chiquilicuatra!

*(Gigantes y cabezudos.)*

¡Dejar por otra
a una mujer de tus prendas,
la que vale más en toda
la redondez de la tierra
terráquea del hemisferio
terrestre y de sus afueras!

*(Idem.)*

Tú no eres africana
ni eres Selika,
eres una andaluza
graciosa y rica
que sal derrama.

*(El dúo de la Africana.)*

Contigo pierdo la calma,
princesa de mi albedrío,
y reina del pecho mío
y emperatriz de mi alma.
¡Quién te vence en arrebol!
¡Qué blanca y qué sonrosada!
¡Pareces Sierra Nevada
cuando la ilumina el sol!
En tu boca me embeleso,
que en tu boca celestial
Dios ha plantado un rosal...

*(El octavo, no mentir.)*

Cuando mi esposa te llames,
coserás sólo algún rato;
la aguja será de plata
y tu dedal un topacio,
y el hilo de oro macizo,
y coserás muy despacio
calcetines de batista
y camisas de damasco.

*(Idem.)*

## Ruesga y Prieto.

¿Sabes, primita, que tienes el pie tan bonito como las manos? ¡Si parece un cañamón!

*(Las tentaciones de San Antonio.)*

## Limendoux.

—Usted habrá nacido en Nápoles, seguramente.
—Al pie del Vesubio.

—Se le nota a usted a la legua: tiene usted un volcán en cada ojo.

*(El gorro frigio.)*

## Jackson Cortés.

¡Viva mi niña! ¿Ha visto usté con qué gracia me ha dado un bofetón?

*(¡Viva mi niña!)*

# EL PIROPO MODERNO.

La revolución operada en nuestro teatro por los autores modernos, se ha reflejado, como en el chiste, en el piropo. Este deja de ser la galantería forzada para trocarse en la frase suelta, llena de ingenio, de picardía y de gracejo.

Y asi como en los tiempos antiguos no hubo un solo dramaturgo que se distinguiera por el acierto en el requiebro—aun cuando algunos los hicieran muy delicados e ingeniosos—en los tiempos actuales hay muchísimos autores que deben ser considerados como maestros en el arte de piropear a las mujeres.

Sirvan de ejemplo los siguientes piropos, escogidos al azar, entre los innumerables que figuran en las comedias y zarzuelas contemporáneas:

## Serafin y Joaquin Alvarez Quintero.

—Delante de usté se le corta el habla a un fonógrafo.
—¿Asusto, quisás?
—Como asusta la Girarda a los ingleses, ¡por presiosa!

*(El Flechazo.)*

Si la ve «Moriyo» antes de morirse... lo deja pa otro día.

*(Idem.)*

—¿La gustan a usté los caramelos de menta, joven?
—No, señor. ¿Y a uste?
—¿A mí? ¿Cómo va a gustarme a mi lo que a usté no la gusta?

*(El amor en el teatro.)*

¿Quién la carsa a usté: un fabricante e dedales?

*(Los piropos.)*

Madamita, digame usté: ¿pa qué se tapa usté la cara con un mosquitero: pa que no le crezcan más las pestañas?

*(Idem.)*

—Oiga usté, arma mía: si mi niñera hubiera sido como usté, no sargo yo de la infansia ni a tres tirones.

*(Idem.)*

¡Eso no es una nariz; eso es un suspiro!

*(Idem.)*

¡Esa boquita paese un beso cuajao!

*(Idem.)*

¿Pué saberse de qué tela es ese cachito de detrás de la oreja, serrana?

*(Idem.)*

—¿No es verdá que paese mentira que con tan poca edá le hayan cresío tanto los ojos?
—Es que los ojos nasieron dos meses antes que eya: no tiene más remedio.

*(Idem.)*

—¡Y que no sabe recogerse la farda!
—¿Con qué la yeva prendía, con un broche e briyantes?
—Hombre, no; si es la mano...

*(Idem.)*

Tiene usted dos ojos como dos cajas de betún, hablando mal y pronto.

(*Los meritorios.*)

Su voz es dulce... poética... suave... No parece que hable usted, sino que gorjea.

(*Idem.*)

Todavía estaba zu mamá de usté echando cuentas... y ya era usté bonita.

(*El genio alegre.*)

—Usté sabrá que en este huerto las flores son caras...
—Al revés.
—¿Cómo?
—Que las caras son flores.

(*Las flores.*)

—No lo pueo remediá: tengo er rumbo en la sangre.
—¿Sí?
—Sí. Pa que usté se convensa: por ca beso que usté me dé le doy yo seis o siete.

(*Idem.*)

Entre otras cosas, soñé también que perdí el espejo, y no podía afeitarme sin é. y tú me dijiste: «Pero, ven acá, pamplinoso: ¿tienes más que mirarte aquí?» Y me afeité mirándome en tus ojos.

(*Idem.*)

Si hubiera que comprarla a usté y pagarla en cuartos... ¡eche usté esportiyas e sinco duros!

(*El traje de luces.*)

¡Vayan con Dios las arenas del Manzanares!

(*Isidrin o Las cuarenta y nueve provincias.*)

¡Olé las güenas mosas! ¡Soy a tu vera más feliz que un pájaro suerto!

(*El chiquillo.*)

¿Pero soy tan feo que hago grasia? ¿Usté no considera que si lo feo diera que reí, verla a usté y echarse a yorá tenía que ser to uno?

(*La Reina Mora.*)

¡Camará! ¡Hase usté reí ar maniquí de una sastrería!

(*Idem.*)

¡Bendita sea esa boca y ese salero! ¡Me gusta usté más que un merengue!

(*Idem.*)

¡Tiene usté grasia pa poné un puesto!

(*Los chorros del oro.*)

A una jóven que se ha colocado una flor en el pelo:
Hasta pa sé fló, hay que tené suerte en er mundo.

(*Los borrachos.*)

—¿Yo que tengo que vé con las penas e nadie, criatura? Me sobra con las mías...
—¿Tiene usté muchas, hija?
—Más que usté, padre.
—¿Quié usté que yo las entierre pa siempre?
—¿En donde?
—Ríase usté.
—¿Qué me ría? ¿Pa qué?
—Pa decirle a usté en dónde.
—¡Ay, qué gracioso! (Riéndose.)
—¿Lo vé usté? En esos joyitos e la cara.
—¿De veras? Pos no me sirve usté pa enterraó.
—¡Miste qué lástima!
—Y veo que se fija usté mucho...

—Hay que darles que hasé a los ojos... Además de que esos joyitos me hasen a mi la grasia e Dios.

—Hombre, qué casualidá: a mí no me gustan.

—¿No? Pos miste, con dos cachitos e mis labios se puén tapá...

*(Los borrachos.)*

Yo siempre he dicho que si España es una mujer hermosa, sus ojos son Andalucía. Usted, para mí, es toda Andalucía. Ahora me parece que España entera me mira con sus ojos.

*(La patría chica.)*

¡Sí juá usté fea, ya le hubiá yo soltau el desgusto pa echar a correr y no véla, y me habría librau de esta pesaúmbre! Pero con esa cara que tié usté... ¿quién echa a correr si no es pa topála?

*(Solico en el mundo.)*

—¡Que lo maten a usté, si pueden!

—¡Con pólvora de tus ojos, retrechera!

*(La casa de Carcía.)*

Delante de una cara como la suya nunca he tenío yo priesa. Pa argo soy pintó... ¡Y pintó de milagros! ¡Unos ojos mayores que la cara tienen que sé un milagro!

*(Dios dirá.)*

¡Y disen que esto lo hiso Dios de una costilla de nosotròs! ¡Que no, hombre, que no! ¡Tiene muy poca carne una costiya pa que sarga esto!

*(Idem.)*

¡Vaya ojos!,.. ¡Vaya luminarias!... Aunque quieras, tú no pués acostarte a òscuras.

*(Idem.)*

Dos ojos tiene que desde lejos paese que gasta gafas negras.

*(Diana la çazadora.)*

Tengo el honor y el gusto de presentarte a Diana Vivar, la nueva Diana que, aun de día, alumbra las calles de Alminares.

*(Idem.)*

Se me ocurrió decirle a usté, y usté se estuvo riendo diez minutos, que tenía usté dos niñas en los ojos que eran dos moñas de torero.

*(Idem.)*

—Yo soy una mujé sin ventura.

—¿Usté, Diana? ¿Ha tirao usté por er barcón tos los espejos? ¿No se ve usté la cara nunca?

—¿Y qué tiene que vé...?

—¿Qué no tiene que vé esa cara, hija mía?...

*(Idem.)*

Lo que paese mentira es que usté, con esos ojos negros, que son dos miuras corríos en tres plasas, se sorprenda de que un noviyeriyo principiante se asuste de eyos, y no quiera enterarse de que hay un mataó de arternativa, de lo poco clásico que quea, que está deseando brindarle á usté una faena de adorno, pa yevarse las parmas e la tarde, er tabaco der pueblo, los sombreros de la provincia, y las dos orejas, y er rabo.

*(Idem.)*

¿Por qué es usted tan linda? ¿Por qué sus ojos tienen esa misteriosa atracción que de todo me habla, de todo, menos de su marido?

*(El niño prodigio.)*

—¿Ha reparao usté, paisano, qué rear mosa yevo a la vera mia?

—¿Que si he reparao? Si no le quito ojo. ¿Y en la ventera, se ha fijao usté?

—También pué salí en las cajas e mistos.

*(El mal de amores.)*

Si mi catedrático tuviera la cara de usté... entonces sí que sentiría yo las calabasas que me ha dao.

(*El mal de amores.*)

¿Me vende usté un retrato suyo pa un escapulario, por si voy a la guerra?

(*Idem.*)

—¿Cómo va er negosio?

—¡De cabesa!

—¿De cabesa, eh? Como tó lo que emprende er pobrecito de mi papá. ¡No le ha salío bien más que una cosa en esta vía!

—¡Una cosa na más! ¡Conformes!

—La primera tienda de ansuelos y lombrises.

—Entonces le han salio bien dos cosas: la tienda e los ansuelos y tú.

(*La mala sombra.*)

Tiene usté unos ojos que miran ar só, y estornuda.

(*Las mil maravillas.*)

—Por verla a usted una vez más, iría yo a América a pie.

—¿A pie?

—A pie cojito.

—¿Y qué iba usté a hacé con er má, señó?

—Bebérmelo; y así tendría la mitad de la sal que usted tiene.

(*Idem.*)

¡Cómo ha cantado usted! Si antes no lo tenía, esta noche se ha conquistado un puesto en el cielo.

(*El estreno.*)

## López Silva y Fernández Shaw.

¡Y olé las hembras de barba,
y olé los hombres flamencos!

(*El alma del pueblo.*)

¡Desarruga ese entrecejo
y óyeme como Dios manda,
que a un grillo con ser un grillo
se le atiende cuando canta!

(*Las bravías.*)

Si está muerto
por esos dos ojazos habladores
y por esas manitas juguetonas
y por esa cintura...

(*Idem.*)

Cuando tú, gloria de las glorias, eres
por lo dulce un almíbar o un arrope
y un pedazo de rosca por lo buena,
y un conejito de Indias por lo dócil.

(*Idem.*)

Pero ven aquí, frazmento
de gloria, ¿por qué te quejas
si eres el ser femenino
más feliz que hay en la tierra?

(*Idem.*)

¡Toma y límpiate la baba
antes que te se desprenda
de placer, y alza esos ojos
y mírame, aunque me muera
de repente!

(*Idem.*)

¿Verdaz que me quieres, negra?
Dímelo como tú sabes;
así bajito y muy cerca
de mí pa que no se entere
nadie más que Dios, tú y menda...

(*Idem.*)

Gloria pura
de Madriz y su antesala,
que es el cielo. ¡Viva la hembra
que te dió la harina láctea!
¡Y ole con ole y con ole!
¡Y bendita sea tu alma!

(*La Revoltosa.*)

¿No te dejo la cocina
los sábados, que me ruegas
que te la friegue, lo mismo
que una luna de Venecia,
pa que tú, preciosa, vayas
y te contemples en ella
ese cuerpo... de odalisca
y esa nariz... cuasi griega?

(*Idem.*)

¿Que me gusta el seso débil?...
Sí, señor, ¿y quién lo niega?
¡Pero, fijarme yo en otra,
siendo de mi pertenencia
la figura más gitana

de la península ibérica!
(*La Revoltosa.*)

## López Silva y Jackson Veyan.

—¡Qué charlatanes
son los ojos!
—Charlatanas
más bien, porque son dos niñas
siempre al balcón asomadas,
que sin saber lo que dicen
tóo lo cuentan y lo charlan.
—Claro, y la que tiene el vicio
de mirar siempre a la cara
como yo...
—Tienen sus niñas
sobre las mías ventaja,
porque a veces se defiendén
con esas negras pestañas,
que es como mirarle a uno
por detrás de las persianas.
(*Los arrastraos.*)

¡Ya hay aquí más alegría
y más luz! ¡Ya se han corrido
las cortinas de la gloria
pa que salga el sol!
(*El barquillero.*)

Ande usté, globo cautivo,
que van a naser «craveles»
y pasionarias y lirios
ande pose mi morena
la suela der sapatito.
(*Idem.*)

—... Y Dios me dé a mí una herencia
pa comprarle a usté unas orlas
de brillantes con dos perlas
del tamaño de esos ojos.
—¡Jesús!
—¡Tan grandes y negras...
miá que te van a costar
un pico si las encuentras!
(*La borracha.*)

¡Vaya una mujer de abrigo!
¡Qué chubeski pa mi casa!
(*El puesto de flores.*)

¡Si eres una bomba eléctrica
de cien bujías, y te veo
el filamento, embustera!
(*Idem.*)

## López Silva y Pellicer.

¡Benditas sean esas manos de cera virgen!

(*Sangre moza.*)

¿Déjame a tu vera, que cuando estoy asín, se me entra por los ojos la alegría y me yega ar corasón!

(*Idem.*)

¡Vente, mi niña, que el arma me va a repicá a gloria, y hasta el aire que respire, me va a olé a romero y a cositas güenas, porque tú lo embarsamarías con tu aliento!

(*Idem.*)

En cuanto yo prensipie a demostrarte mi cariño, vas a tener que ponerme una serreta.

(*Idem.*)

¡Cáyate, perdisión! ¡Si me has amarrao los sentíos con torsalitos de oro, y tirando de eyos me gobiernas!

(*Idem.*)

## Perrín y Palacios

¡Compare, tiene usté tres bijas que valen tres mil reales ca una, tiraos a la calle!

(*Enseñanza libre.*)

Déjame que me acerque y que te mire esa cara de gloria que yo adoro.

(*Pepe Gallardo.*)

¿Qué quiere usté, prenda?
Pídame usted un imposible,
por imposible que sea,
que me siento Santa Rita.
(*Idem.*)

¿Qué quieres tú rebonita?
pilón de azúcar, rosal
de rosas de Alejandría?
(*Idem.*)

Bendita sea tu cara, rosa de pitiminí.

(*La Soleá.*)

Esta mujer tiene un gancho que ni el gancho de las mulillas.

(*Idem.*)

¡Bendita sea tu pureza!

(*Idem.*)

Ven acá, hojita de laurel, que quiero decirte... Que bendita tú eres entre todas las mujeres y bendito sea... tu pare y tu mare y hasta la campana que tocó a gloria cuando te bautizaron.

(*Idem,*)

Te voy a comprar la Torre del Oro y te la voy a amueblar para que vivas en ella.

(*Idem.*)

## Arniches

¡Vaya usté con Dios, patrona, que vale osté más pesetas que un conejo de Indias!

(*La Banda de trompetas.*)

¡Qué tía más hermosa! ¡Vamos, que tié una cara dizna de que la pongan en una caja de cerillas, con un epiteto extranjero en el escote!

(*La cara de Dios.*)

Usté lo que es un modelo vaciao en yeso que se merece usté algo más que guindillas, y su marido de usté la está osidando con el tazto, porque es un ser basto.

(*Idem.*)

¡Caramba, señora Clementa, viene usté hecha un brazo de mar..., y Paulita otro brazo..., y la niña un brazuelo, y el niño un codillo!

(*La sobrina del cura.*)

¡Ah, qué criatura!... ¡Se baña en el Océano glacial y hierve!

(*¡Que viene mi marido!*)

¡Vaya salú, vayan colores y vayan... ¡Oye, sabes que tienes un frente occidental que resquebraja!

(*La venganza de la Petra,*)

Parece una figurita de «biscuit glasé».

(*La gentuza.*)

¡Lo castizo! ¡Eso es Madrid, Madrid en un puñaito!

(*Idem.*)

Serafin.—Daría la metá de mi existencia por ser el Guadarrama.
Nieves.—¿Pa qué?
Serafin.—Pa verme rodeado de «nieves» por todas partes.
Nieves.—Iba usté a tener mucho frío.
Serafin.—¡Quiá! Nieves usté y primavera yo, el deshielo!

(*El amigo Melquiades.*)

Tié usté una mirada que «electrocuta».

(*Idem.*)

## Arniches y Celso Lucio.

¡Parada y fonda! Apreciable chacha. Servidor, pa el bello seso, es un ónibus que lo mismo lo pué usté arquilar pa giras, que pa bodas, bautizos y días de campo...

¡Maldita sea la panocha! ¡Ya la he cogido! ¡Joven!... Lo que usté perdió el otro día después de tomar el chocolate es un tío de entrañas; pues bien: Altamiraeo, dieciseis, entresuelo, donde habituo, darán razón...

Cariño, apóyese usté en el estribo y vámonos por el mundo matando penas. ¡No sea usté también solitaria!

(*El último chulo.*)

—Pero ¿osté no ha visto lo que yo tengo en los ojos?
—¡Dos niñas!
—Dos niñas, sí, pero dos niñas huérfanas que andan en busca de otras niñas; conque currele osté y juntamos las cuatro niñas pa que juegen ar corro u ar matarile, rile, rile, que pa eso son creaturas...

(*María de los Angeles.*)

Es osté más entretenía que una baraja.

(*Idem.*)

—...Voy al altar de Santa Rita con una vela.
—Osté va al altar, pero no va osté a ir con una vela, va osté a ir con un «cabo» na más; conque prepare osté la parmatoria del cariño, porque este cabo va a estar luciendo por osté hasta er día en que Dios le dé er bufío postrero... ¡místelas, si no!

(*Idem.*)

¡Ven acá... apura cabos de mi vida!

(*Idem.*)

Filomena.—Llámeme usté mena... menita... es más cariñoso.
Amadeo.—Bueno, le quitaré a usté el filo... y usté no me llame Amadeo, quíteme algo también.
Fil.—Le quitaré a usté el ama.
Ama.—El ama y la niñera, y lo que a usté le dé la gana. ¡Lirio artificial!...
Fil.—¿Y le voy a llamar a usté deo... na más?
Ama.—Sí, pero crea usté que pa usté voy a ser un deo... de corazón.

(*Idem.*)

## Arniches y Gonzalo Cantó.

—Por tí... hasta me haría pescador.
—¡Pescador! ¿Y qué pescaría usted?
—Pues, pescaría... a una pescadora, que es el colmo de le pesca.

(*La leyenda del monje.*)

## Arniches y Jackson Veyan.

—Usted debía ser bueno y cariñoso y venir a París con nosotras.
—Y no oponerse a que debutemos.
—Pero si yo no me opongo, si yo siempre he dicho y diré que «de buten»... pero que «de buten»... Ustedes de chipén, digo «de buten»...

(*San Juan de Luz.*)

¡Ole, con ole y con ole! ¡Y benditas sean sus respectivas mamás de ustedes!

(*Idem.*)

¡Bendita sea vuestra existencia y los cuerpecitos serranos de chipén y de zalamacatruqui!

(*Idem.*)

—¡Ele, las mujeres!
—¡Vaya un par!
—¡Vaya un par para la media vuelta!

(*Idem.*)

Hablando con ozté se vuerve uno rosá. Echa raíses en er suelo y flores por la boca.

(*Los guapos.*)

## Arniches y Fernández Shaw.

La joven, como bonita es un «fasímile».

(*Los pícaros celos.*)

¡Si hay quien me pulverice—que no hay quien—y me pulveriza, la seguiré a usté pulverizao y tóo!

(*Idem.*)

—Yo, señá Consuelo, soy un mortal, aunque me esté feo el decirlo, y a un mortal no se le engaña, y a mí se me ha engañao.
—¡Cómo!
—A mí me ha dicho un chico que me quería hablar una señora, y usté no es una señora; ¡usté es un vértigo!

(*Idem.*)

## Arniches y García Alvarez.

¡Olé ya la sangrecita de mi cuerpo, serrana mía!

(*El terrible Pérez.*)

Tome usté asiento, señora, y dispense usté que la ofrezca una silla; no tenemos aquí el trono que merece ese cuerpo soberano.

(*Idem.*)

Eso no es una mujer; ¡es una postal en acción!

(*El pollo Tejada.*)

La vecinita es un «marrón glasé».

(*El pobre Valbuena.*)

¡Abrid paso, que llega la gracia de María Santísima!

(*Idem.*)

¡Vaya con Dios la luz divina! ¡Viva la pubertad y la adolescencia, delirios!

(*Idem.*)

Ustedes dos son un secreto que debía quedarse entre nosotros.

(*Idem.*)

¡Bendita sea tu cara! ¿A quién tienes tú cautivo en esta existencia?... ¡Dilo ya, labios coralinos!... ¡Deleite!

(*La gente seria.*)

¡Pero qué voy a hacer yo, si es que me miras y me «estereotipas»!

(*Idem.*)

Váyase usted con Dios, regitana.

(*El método Gorritz.*)

Olé la gracia gitana en el mundo, salero, ahí lo finolis, mi arma bonita.

(*Idem.*)

¡Bendito sea ese cuerpo torneao!

(*Idem.*)

Una mujer así no la modela mejor «Bienlliure», ni cien «Bienlliureres».

(*Idem.*)

¡Bendita sea en el mundo esa sangrecita morena!

(*Idem.*)

¡Ele esa boca de gloria y de claveles!

(*Idem.*)

Tiene usté unos ojos que son un pararrayos.

(*Idem.*)

—Deme usté un real de castañas.
—Y los ojos, si me los pides.

—¿De veras?

—Lo que siento es no tener papel de plata para envolvértelos y que te se figuren «marrón glaciés».

—¡Marrón!... ¡Usté sí que es marrón!

—Como que no atino desde que te he visto.

(*Alma de Dios.*)

¡Ele, la flor de las Vistillas!

(*Idem.*)

Tienes una cara que está constituida para volver loco a un poste telegráfico exento de toda corriente eléctrica.

(*El príncipe Casto.*)

Esta chica está tomando unas proporciones, que dentro de poco la tendrán que poner una verja. ¡Es un monumento!

(*Mi papá.*)

## Arniches, García Alvarez y Paso.

Hola, gachona... ¡benditos sean los cuerpecitos serranos!

(*Los niños llorones.*)

¡Adiós, Venuse!

(*Idem,*)

## Arniches, García Alvarez y Domínguez.

Amos, no te enfades conmigo, chiquilla, que eres más agradable que mil pesetas.

(*El fresco de Goya.*)

¿Y qué dicen los primogénitos más resalaos de la sastrería militar más acreditá de la España pintoresca?

(*Idem.*)

¡Sentáis mejor que er bicarbonato!

(*Idem.*)

¡Eso es una pinturita! ¡Ahí las mujeres serranas!

(*Idem.*)

¡Y que ha nacido sin ojos la probe!

(*Idem.*)

## Arniches y Renovales.

Permita Dios que se muera usté... de vieja.

(*Serafín el Pinturero.*)

A ver si me quería usté hacer el osequio, usté que la tiene, de facilitarme un poquito de sal, pa ver si me resultan sabrosas las cuatro necedades de esta existencia.

(*Idem.*)

Me tié usté el corazón que el día que hace aire me salen llamas.

(*Idem.*)

Tóo esto, anesionao a un corazón, que es un volquete deseando de transportar a ese cuerpo dieciocho toneladas de caricias, es lo que pone a su grata disposición, este muy suyo, que lo es afectísimo, seguro servidor, y no digo que beso sus pies, porque yo no beso las almendras: me las como.

(*Idem.*)

—Pa hablar con usté hay que ponerse ropa de invierno.

—Pa hablar conmigo no le hace a usté falta ropa ninguna: una mijita de cariño bastaría.

(*Serafín el pinturero.*)

—¡Qué asco de hombres!
—Señora, compra usté una carga de pimientos y unos pican y otros no pican.
—Pero es que en cuestión de hombres, el que no pica escuece.
—También los hay dulces y pa comer crudos. Servidor, sin ir más lejos, si usté me quisiá honrar con un bocao, vería usté que soy como comerse un coco... (yema de).

(*Idem.*)

—Dos farolitos me faltan a mí para encender en esta barriada.
—¿Cuáles?
—Los farolitos negros de esa cara rechulona.

(*Idem.*)

## Arniches y Asensio Más.

Dándola un ramo de rosas:
Toma, mujé, aquí las tienes. Capuyo las cogí; zabían que venían camino e tu pecho y z'han abierto toas...

(*El puñao de rosas.*)

Al pasar una mujer disfrazada de Locura:
¡Si me atacase una locura como usté, la rabia que me diese no me daría rabia!

(*El género alegre.*)

Levanta, Dalila, y pon sobre las siete guedejas de mi cabellera nazarea las plantas de tus pies para que yo imagine que han caído sobre mi cabeza de gigante los blancos lirios del Jordán.

(*Idem.*)

## Pedro Muñoz Seca.

Deseo que tenga usted más confianza con nosotros para que no se deje las alas en su cuarto.

(*Doña María Coronel.*)

Un joven mirando por encima de una muchacha el título del libro que ésta lee:
—«Los peligros de la hermosura». No sabía yo que eso fuera peligroso.
—Y tanto.
—Pues entonces estamos corriendo un grave peligro en este instante. En fin, oigamos algo de ese libro maravilloso. Más que por el libro, por saber cómo leen los ángeles.

(*Idem.*)

## García Alvarez y Muñoz Seca.

A dos muchachas enlutadas:
¡Vaya unos calamares pa después de un pollo!
A dos vivas como ustedes hay que contestar con otros dos vivas: viva la gracia y viva el donaire.

(*La frescura de Lafuente.*)

—¿Su gracia, gran señora?
—Ambrosia Rosales.
—Ambrosía de flores.

(*Idem.*)

Servidor, por contemplarla a usted cuarenta segundos seguidos, es capaz de dar la vuelta al mundo montao en un cerdo.

(*Fúcar XXI.*)

De sus manos de usted tomaría yo un veneno de los Borgias, y agonizando le diría yo a usted: Clave las niñas de sus ojos en las mías ya adurtas, y compensao del envenenamiento.

(*Los cuatro Robinsones.*)

¡Monísima! ¡Lindísima! ¡Es una página en colores de Pictorial Review!

(*Idem.*)

Dando el brazo a una señora:

Si llevara yo al brazo una caja de caudales con un trillón de napoleones, no iría tan contento.

(*Idem.*)

No me acerque los ojos que me galvaniza. Tiene usted dos niñas como para presentarlas en sociedad.

(*El último bravo.*)

Usted me manda a mí rodar y me hago bolinche.

(*Idem.*)

## Muñoz Seca y Pérez Fernández.

¡Bendita sea la fló der granao!

(*Lolita Tenorio.*)

—Las hay bonitas; claro que las hay más bonitas pero también las hay... todavía más bonitas.

—¿Y las feas?

—¿Feas? Esas deben de andá por los Londres y los Parises; por aquí no s'han visto.

—Y yo ¿le parezco a usté de Londres?

—¡De Londres! Nacía en un rosá, aquí a la vera.

(*Idem.*)

Lástima que el querer no haga ruido, porque si hiciera ruido, estaríamos sordos tú y yo y tendríamos que entendernos con las manos.

(*Coba fina.*)

Pero vamos a ver, marvaloca de mi arma, surtana de Romerales, ¿qué es un beso? Na, mujer; total, na. Hacer un cucuruchito con la boca y dejar escapar un poquito de aire, que sale sonando a gloria al verse libre de la cársel de los labios, ¡na!... ¿Tú sabes si me das er beso las vueltas que voy a dar yo de alegría?

(*Idem.*)

—Con su permiso me vi a descubrí.

—A ver si se costipa usté.

—Ar lao de usté no pué zé ezo; porque ze ziente uno ziempre muy calurozo.

—¿Quiere usté un abanico?

—No hace farta: con que zierre usté los ojos y los güerva a abrí, el aire de sus pestañas da purmonía.

(*Idem.*)

¡Qué bonita, y qué preciosa y qué juncalísima es usté!

(*Idem.*)

Y esa flor, hermana de usted, ¿no le ha dicho que hay un hombre enamorado de su belleza, que va a perecer por usted?

(*El paño de lágrimas.*)

## Muñoz Seca y Alonso Gómez.

Creí que esta tarde no iba a tener el gusto de verle ese cuarto creciente de cara, que es lo único que se deja usté ver, y ya estaba yo más apurao que la coliya de un Susini.

(*De balcón a balcón.*)

Ya que no quiere usté dirigirme la palabra, diríjame una miradita siquiera, que hase dos días no me da un rayito de sol en la cara.

(*dem.*)

Si para que usté me mire es condisión de que yo tenga un uñero, soy capaz de alquilar este dedo para llavín hasta que me lo pongan como un bastón sin contera.

(*Idem.*)

—¿A que sé yo de dónde es usted?
—¿De dónde?
—Del Museo de Arte Moderno.
—¿Sí, verdad?
—Y su papá de usté es escultor.
—¡Ay, escultor!
—Y de los buenos; ¡porque mire usté que para tallar esa imagen!

(*Idem.*)

—Todas las noches... pero todas, se me aparece usté en sueño...
—¡Jesús, qué disparate
—¡Disparate soñar con esa cara que es más bonita que un biyete de sincuenta pesetas, de los nuevos!

(*Idem.*)

Es usté más bonita que un regimiento con bandera y música y banda de trompetas, y un general, y...

(*Idem.*)

¡Gracias a Dios que me da er só en la cara!

(*El contrabando.*

Tú eres pa mí la flor de la maraviya.

(*Idem,*)

No más que por verla a usté medio minuto seguío era yo capaz de dar hasta los galones de cabo.

(*Idem.*)

¡Bendita sea la boca que sabe desir palabras tan bonitas!

(*Idem.*)

## García Alvarez, Paso y Granés.

—Eres una chicuza de lu más sólidu que viene a la fuente.
—¿De veras?
—Da gusto verte tan... tan... tan saliente y tan... entrante y tan... tan...
—¿Está usté repicando?
—A gluria repicaría yo por tí, y cuandu quieras no guardar turnu, nun lu guardas aunque chillen las otras.

(*Los presupuestos de Villapierde.*)

## García Alvarez y Paso.

Nos iremos a pasar la luna de miel a un punto que sea algo así como una alusión a nuestros amores: nos iremos al Cabo de Buena Esperanza.

(*El «Missisipí».*)

Verá usté, paloluz; salí como un rayo pa volver en seguía, porque usté me intriga más que un folletín policiaco...

(*Nieves de la Sierra.*)

Acepta esta chuchería que te he comprado al pasar en el «Todo a treinta y cinco». Es un alfiler imperdible imitando un puñal florentino que atraviesa un papel en el que he escrito una frase; te ruego que lo leas en la cama...

(*Idem.*)

Qué cariñosa y qué atenta eres; unes a un rostro que adormece, una bondad que aletarga.

(*Idem.*)

—¿Qué tal la excursión, señora?
—El sol ha molestado un poco.
—¿Pero en qué pensaban allá arriba que al salir usted no han dispuesto un eclipse?
—Tiene razón este, y sino un eclipse, el sol ha debido retirarse avergonzado; que bastante luz había en la tierra con la que despiden sus ojos cegadores.

(*Idem.*)

Me pueden decir a mí que está usted loca, y yo tengo que ver ponerle a usted la camisa para creerles...

(*Idem.*)

—La viuda que pasa. Nieves de la Sierra que viene que congela.
—¡Olé!
—¡Bendita sea su madre!
—¡Que toque la Marcha Real!
—¿Se han fijao ustedes que hasta la banda se ha quedao sin fuerzas para soplar?
—Señores, ¡qué mujer para un traspaso!
—¡Esta mujer, me lleva a mí a un sanatorio!
—¡Mi abuela, qué mujer!

(*Idem.*)

El perfume que exhala tu cuerpo de diosa me entontece, me cloroformiza.

(*Idem.*)

Amarte es poco; ciego por tí; la idolatría de los chinos por Confucio al lado de la mía, es una mojiganga charlotesca.

(*Idem.*)

A tu lado soy más ingenioso que el popular hidalgo.

(*Idem.*)

Estoy más nervioso por tí, que rabito de podenco que olfatea pieza.

(*Pancho Virondo.*)

Es una gaucha que la mira uno y se le va la cabeza con jipi y todo.

(*Idem.*)

Eres una monada pampera que da vértigo.

(*Idem.*)

## Paso y Abati.

¡Olé los cuerpos bonitos!
¡Eso es gloria pura!

(*El trébol.*)

Si yo tuviera diez años menos, por estas que la dormía a usted mirándola nada más.

(*Idem.*)

Yo voy donde vaya usted, ¡salida de sol!

(*Idem.*)

Tiene usted una cara que asusta... de simpática.

(*El trébol.*)

¿Quiere usted oirme dos o tres arpegios?

(*Idem.*)

Es una cacharrera que descacharra.

(*La hostería del Laurel.*)

Y luego dicen que los cromos de los almanaques son «fiticios». Bueno, pues si a Elena le ponen un taco en la parte baja, le hacen un agujero en la parte alta y la colocan en un despacho, ríanse ustedes de todas las «cromolitotipias» desde una cincuenta para arriba.

(*Idem.*)

Mira una mujercita pa un pintor que ni pintá.

(*Los perros de presa.*)

Me apuesto el jornal de la semana a que se llama Dorotea o Matea... porque fíjate cómo le arden los ojos... Tié que acabar en «tea» a la fuerza.

(*Idem.*)

—Tú, que dominas más la figura, vuélvete con disimulo y verás que dos odaliscas pa un boceto.
—¡Sí que tienen una reproducción!...
—Y que casi no había que tocarlas, ¿verdad?

(*Idem.*)

—Oye, preciosidad, ¿en tú tierra hay costumbre de bautizar a los que nacen?
—¿Por qué lo dice?
—Para saber la gracia que te pusieron.
—Me llamo Arabella.
—¡Arabella!...¡Eso es un nombre y no los que ponemos nosotros!... Críspula, Canuta, Timotea.

(*Idem.*)

—Y tú, cielín, ¿cómo te llamas?
—Yo me llamo Tila.
—Fíjate... Tila... ¡Y con lo que yo padezco de los nervios!
—Sí, pero no abuses, que deprime.
—Con una mujer así se puén tener disgustos...

(*Idem.*)

—A mí me gustan las cosas muy dulces.
—¿Muy dulces?... Pues fíjate en mí que estoy hecho de arrope.

(*El orgullo de Albacete.*)

—Soy andaluza. De Lucena.
—Debí notártelo en los ojos, que son dos velones. ¡Cómo me gustaría despabilarte!

(*Idem.*)

Elige... o me abres tus brazos para que yo caiga en ellos, o caes tú en los míos.

(*Idem.*)

—Pero, señorito, ¿cómo ibo yo a figurarme que el canario?...
—El canario que está trinando porque le des en tus brazos la escarola.

(*Idem.*)

—... Más fea que esa desgraciada...
—De cara... de cara nada más... tú te has preocupado exclusivamente del rostro, pero has olvidado los alrededores... y no me negarás que esta los tiene para darse un paseo...

(*Idem.*)

Usted dispone de mí como de un paraguas, para eso y para todo...

(*Idem.*)

Si usted quiere paladear las dulzuras de la vida, apóyese en este garfio que la ofrezco, y vámonos por el mundo a olvidar y a divertirnos.

(*El orgullo de Albacete.*)

—Tiene usted decididamente los ojos más bonitos de Madrid.
—¡Adulador!
—Y los brazos más hermosos...
—¿También los brazos?...
—Si la Venus de Milo hubiera tenido unos brazos así, yo le aseguro a usted que no los habría extraviado.

(*La alegría de vivir.*)

He dado la cera, he sacado el brillo con mi pie leal y he dejado la superficie resultante de tal modo que cuando entres en esa estancia se reflejará ese cuerpo que yo para mí deseo.

(*La divina providencia.*)

Morenaza, frescachona, asesina, mantecosa, cacho de gloria y uyuyuy las mujeres.

(*El paraíso.*)

Con usté resulta corta la jornada de ocho horas.

(*Idem.*)

Cuando tenga usté una pulga, servidor insecticida...

(*Idem.*)

Me la comía a usté y lamía el plato.

(*Idem.*)

## Antonio Paso.

En mi tierra las mujeres como tú no necesitan comprar flores; se las echan a su paso.

(*La alegre trompetería.*)

—Y esa flor tan rara que llevas en el pecho, ¿qué es?
—Un Dondiego de noche.
—Vaya una suerte de Dondiego: de noche y en ese sitio.
—Ya está seco.
—Lo comprendo; yo me hubiera abrasado antes.

(*Idem.*)

Quisiera ser un niño para que usted me acariciara.

(*Idem.*)

—Si usted fuera tren, ¿a que no sabe dónde me gustaría viajar?
—¿Dónde?
—En el reservado de señoras.

(*Idem.*)

## Paso y Jiménez Prieto.

Ustedes son dos desgraciadas... bastante agraciadas.

(*El arte de ser bonita.*)

## Paso y Aragón.

—Pero, ¿porqué no nos sentamos aquí, a la sombra?
—No, debajo del árbol de ninguna manera.
—¿Por qué?
—Porque... para sombra... ya hay bastante con la que dan esas pestañas, y ahí sentiríamos mucho más calor.

(*La República del amor.*)

—General, que se está usted pareciendo al sol.
—Que me acerco a él, querrá usted decir.
—Bonita imagen.
—¡No tanto como usted!

*(La República del amor.)*

—Míala: botinera y recortá.
—¡Pa dormirse en la cuna!

*(La corría de toros.)*

¡Bendita huelga que me saca de la oscuridad y me pone a tu lao, que eres tóo luz para mí!

*(Idem.)*

## Paso, Abati y Thous.

—¿Y tú cómo llamarte?
—Fu-ki-ma, que significa sueño tranquilo.
—¿Sueño tranquilo con esa cara? Con esa cara no hay quien pegue los ojos.

*((La taza de te.)*

Oyeme, palmera... deja que acerque mis labios a tu oído para que no sientan envidia los crisantemos.

*(Idem.)*

## Asenjo y Torres del Alamo.

Es usted más verbenera que un manubrio.

*(Charito, la Samaritana.)*

Ca vez está usté más bonita con ese pelo negro, que es ébano hilao y retorcío.

*(El brillo de los caireies.)*

¡Arrepara qué ojos tiene, mi pare! más grandes son que dos gruyeres sin empezá.

*(Idem.)*

—¿Cómo se llama usted, niña?
—Rosa.
—Pos bendito sea er mes de mayo, porque el nombre le va a usté ar pelo. Tie usté una cara que es una maceta.

*(Idem.)*

Venga usté aquí, niña, que soy capaz por usté de empeñar el paragüas en día de lluvia por mercarla caramelos.

*(Idem.)*

—Usté ha nacío en primavera ¿verdá?
—¿Por qué?
—Porque las flores no nacen en el invierno.

*(Idem.)*

—En cuantito que «güelva» de Méjico te compro la Casa de Campo y un cortijo pa que seas la reina.
—¡Embustero!
—Permita Dios si miento, que me vuelva veleta pa estar dando vueltas en el aire tóo el día.

*(Serafina la Rubiales.)*

## Paradas y Gimenez.

—¡Adiós, adiós! ¡Vaya un paso militar! ¡Vaya una formación y vaya un cuerpo de ejército que organizaba yo con el gremio de domésticas!
—Oye, ¿y no se iba a librar ninguna?
—Las feas nada más. Esas quedarían excluídas por inutilidad física.

*(El nido del principal.)*

—¿Por qué no se hace usted cupletista?

—Pa eso no sirvo yo.

—¿Que no? Si es usté divina. Con esa boca de angel, esos ojos de cielo, esa cara de gloria, yo me hacía estrella y me reía del firmamento. *(Idem.)*

—Oiga usted. Mera curiosidad. ¿Usted es de la provincia de Madrid?

—Gata legítima.

—Y que debe usted mayar como los ángeles. *(Idem.)*

—Y diga usted, Blanca, ¿en qué barrio ha nacido usted?

—Pues no quiere usté saber poco, criatura.

—¿Criatura? Es verdad. ¿Ve usté la humanidá que tengo? Pues en cuanto estoy al lao de una mujer así, soy un niño de pecho. *(Idem.)*

—Vaya, la haré los honores después del cocido. Muchas gracias.

—De nada, negra.

—Blanca.

—Es igual. El color es lo de menos, siendo la clase como la muestra!

*(Idem.)*

—¿Qué mira usté?

—Estaba a ver si veía lo que lleva usté colgando de la cadena. Es un santo, ¿verdad?

—Sí, señor. Un santo.

—Me lo figuraba. Se necesita ser un santo para pasarse la vida ahí y estarse quieto. *(Idem.)*

—Bueno, pero pase usté, que yo no me como a nadie.

—Y aunque me comiera. Era señal de que le gustaba. Y sobre todo, no podría decir que no me tragaba usté. *(Idem.)*

Yo tendría mucho gusto en hacerla una ampliación, saldría usted preciosa. Sin retocarla siquiera. Seguramente la pondríamos de muestra en la puerta de la fotografía. *(La Canastilla.)*

**FIN**




PRENSA POPULAR.—Calvo Asensio, 3.—Madrid.—Apartado 498